

CAPITULO III.

PRUEBAS DIRECTAS DE LA DIVINIDAD DEL ESPIRITU SANTO.

SUMARIO.—Los nombres.—Todos los nombres que convienen solamente á Dios se dan al Espíritu Santo: en el Antiguo Testamento *Jehova*; en el Nuevo, *Dios*.—Los atributos: la eternidad, la inmensidad, la inteligencia infinita, la omnipotencia.—Las obras: la creacion y la regeneracion del hombre y del mundo.—La tradicion: San Clemente, San Justino, San Ireneo, Atenagoras, Eusebio de Palestina, la iglesia de Smirna, Luciano, Tertuliano, San Dionisio de Alejandría, Julio Africano, San Basilio, San Gregorio de Nazianzo, Ruperto: la liturgia, la señal de la cruz, doxología, el *Gloria Patri*.

Lo primero que hay que saber acerca del Espíritu Santo, es que es Dios como el Hijo y el Padre; que tiene la misma naturaleza, la misma divinidad, las mismas perfecciones; que es como ellos eterno, todopoderoso, infinitamente bueno; digno como ambos de la confianza y del amor, de las adoraciones, oraciones y alabanzas del cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres. Hé aquí todo lo que confesamos, cuando decimos: Creo en el Espíritu Santo: *Credo in Spiritum Sanctum*.

Ahora bien, en los libros santos, desde el Génesis hasta el Apocalipsis; en la enseñanza, no interrumpida durante diez y ocho siglos, de los Padres de la Iglesia y de la Iglesia misma, la divinidad del Espíritu Santo brilla con no menos esplendor que la divinidad del Hijo y del Padre. La prueba de todo esto se encuentra en los testimonios aducidos hasta aquí en favor del dogma de la Trinidad. (1)

1. Se encontrarán otros muchos en los grandes teólogos: *Vitasse, Trinitate; Pétav, De dogmatibus theologicis. &c.*

Con ellos podríamos contentarnos; porque nada hay mejor fundado que nuestra fe en la divinidad del Espíritu Santo. No obstante, aduzcamos algunas pruebas directas de esta verdad fundamental. Multitud de ellas se presenta en los *nombres* que la Escritura da al Espíritu Santo; en los *atributos* que le reconoce; en las *obras* que le atribuye; en la *tradicion* de los Padres y en la doctrina de la Iglesia.

Los nombres. Estos nos ofrecen dos géneros de pruebas de la divinidad del Espíritu Santo, una negativa y las otras positivas. La primera resulta de este hecho perentorio: que jamás el Espíritu Santo es llamado criatura en los libros del Antiguo, ni del Nuevo Testamento. Sin embargo, encontramos en los profetas y en los apóstoles la brillante enumeracion de las principales criaturas del cielo y de la tierra. David nos la hace muchas veces en los Salmos. (1) Daniel la repite magníficamente en el cántico de los tres niños de Babilonia. Entre todas las obras más principales del poder creador no se hace mencion alguna del Espíritu Santo.

San Pablo, arrebatado al tercer cielo, vió las gerarquías angélicas; llama por su nombre á cada uno de los órdenes que las componen. Su mirada, alumbrada por la luz del mismo Dios, no descubrió en ninguna de ellas al Espíritu Santo. En ninguna parte le nombra entre las criaturas; cosa, empero, que no hubiera dejado de hacer, si el Espíritu Santo no fuera Dios. En efecto, el sublime catálogo que hace de las creaciones angélicas tiene por objeto enseñar, que todo aquello que no es Dios, está por debajo del Verbo encarnado. (2) No solamente no nombra jamás al Espíritu Santo entre las criaturas, sino que siempre lo co-

1. Entre otros, *Sal.* 148, 162.

2. *Ad Coloss.*, I, 16; *ad Ephs.*, 20-22.

loca en la misma línea que al Padre y al Hijo, y lo nombra con ellos.

Pasemos á las pruebas positivas. Cosa sabida es, que en el Antiguo Testamento el nombre de *Jehova*, y en el Nuevo el nombre de *Dios* sin modificacion, es el nombre incommunicable de Dios. (1). Ahora bien, este doble nombre es dado constantemente al Espíritu Santo. En el libro segundo de los Reyes, dice David: "El Espíritu de Jehova ha hablado por mí, y su palabra ha salido de mis labios" (2) ¿Qué Espíritu es este? El verso siguiente nos lo enseña al punto: "El Dios de Israel me dijo: El Fuerte de Israel ha hablado." (3) Por donde se ve, que el Espíritu de Jehova es el mismo Jehova, el Fuerte, el Dios de Israel.

A su vez; Isaías se expresa así: "Y el Señor de los ejércitos (Jehova) ha dicho: Marcha y di á ese pueblo: Escuchareis con atencion y no querreis comprender." (4)

¿Quién es este Dios, este Jehova de los ejércitos? El Espíritu Santo, responde San Pablo. Hablando en su cárcel de Roma á los judíos incrédulos que habian acudido á oírle, les recuerda este texto de Isaías y les dice: "El Espíritu Santo ha dicho con razon por Isaías: Ve y di á ese pueblo: Oyendo oireis y no querreis entender." (5) Tambien aquí el que Isaías llama Señor de los ejércitos, Jehova, Dios de.

1. Solus verus Deus in Scripturis dicitur absolute Deus. *S Iren*, lib III, c. vi.

2. Spiritus Domini (hebraice *Jehovah*) locutus est per me, et sermo jus per linguam meam. II *Reg.* xxiii. 2.

3. Dixit Deus Israel mihi: Locutus est Fortis Israel *Ibid.*, 3.

4. Et dixit Dominus exercituum (hebraice *Jehovah*): Vade, et dices populo huic: Audite audientes, et nolite intelligere. *Is.*, vi, 9.

5. Bene Spiritus Sanctus locutus est per Isaiam: Vade, et dices populo huic: Audite audientes, et nolite intelligere. *Act.*, xxviii, 25.

Israel, en una palabra, el verdadero Dios, nos dice el Apóstol que es el Espíritu Santo. ¿Podia enseñar más claramente la divinidad de la tercera persona de la augusta Trinidad?

No solo en Isaías sino en todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento se dice que Dios habló por los profetas. Citaremos nada más que dos ejemplos. Al principio de su Evangelio se expresa San Lucas en estos términos: "Conforme el Dios de Israel lo ha dicho por boca de sus santos profetas en el trascurso de los siglos." (1) Y San Pablo escribiendo á los Hebreos: "Antiguamente habló Dios á nuestros padres por medio de los profetas." (2) Pues bien; este Dios inspirador de los profetas es el Espíritu Santo. La prueba más segura está en el testimonio de San Pedro, cuyas son estas palabras: "Es menester que se cumpla la Escritura, como el Espíritu Santo lo predijo por boca de David." (3) Y en otra parte: "Por inspiracion del Espíritu Santo hablaron los hombres santos de Dios." (4)

De donde nace este razonamiento tan sencillo como concluyente: el que habló por los profetas es el verdadero Dios; es así que el Espíritu Santo habló por los profetas, luego el Espíritu Santo es Dios, verdadero Dios como el Padre y el Hijo. Además, como la Escritura distingue al Espíritu Santo del Padre y del Hijo; resulta claramente que el Espíritu Santo es una persona distinta del Hijo y del Padre.

En una circunstancia memorable proclama el mismo apóstol no menos brillantemente la divinidad del Espíritu

1. Sicut locutus est per os sanctorum, qui á sæculo sunt, prophetarum ejus *Luc.* i, 70.

2. Olim Deus loquens patribus in prophetis *Hebr.*, i, 1.

3. Oportet impleri scripturam, quam prædixit Spiritus Sanctus per os David. *Act.*, i, 11.

4. Spiritu Sancto inspirante locuti sunt sancti Dei homines. II *Petr.*, i, 21.

Santo. Ananías engaña sobre el precio de su campo: al engaño añade una mentira pública. Entonces Pedro le dice en presencia de toda la iglesia de Jerusalem: “¿Por qué Satanás tentó tu corazón hasta hacerte mentir al Espíritu Santo? No has mentido á los hombres sino á Dios.” (1) Ananías ha mentido al Espíritu Santo: Pedro descubre su falta y le dice: Mintiendo al Espíritu Santo, no has mentido á los hombres; ni á una simple criatura: has mentido al mismo Dios. Luego el Espíritu Santo es Dios. La consecuencia es lógica y la conclusion no tiene réplica.

Los atributos. Se puede formar el mismo argumento que de los nombres. Aquel á quien convienen todos los atributos de Dios, es Dios. Es así que todos los atributos de Dios convienen al Espíritu Santo. Los grandes atributos de Dios son, la eternidad, inmensidad, inteligencia infinita, omnipotencia. Pues bien, el Espíritu Santo los posee todos.

La eternidad. Es eterno el que precede á todos los tiempos. Precedió á todos los tiempos el que, al criar el mundo, crió juntamente el tiempo mismo. Ahora bien, el Espíritu Santo crió el mundo de acuerdo con el Padre y el Hijo. “En el principio Dios crió el cielo y la tierra y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.” (2)

La inmensidad. Es inmenso; El abarca y llena todos los lugares de modo que nada puede sustraerse de su presencia. “El Espíritu del Señor llenó el orbe.—¿A dónde iré yo que no esté tu Espíritu, y á dónde huiré de tu rostro? Si subo al cielo, allí estás; si bajo al infierno, estás presente; si tomare alas al salir el alba y me trasladare más allá de los

1. Dixit autem Petrus: Anania, ¿cur tentativ Satanás cor tuum, mentiri te Spiritui Sancto et fraudare de pretio agri..... Non es mentitus hominibus, sed Deo Act., v. 3, 4.

2. Gen., I, 1-3.

mares, tu mano será la que allá me lleve y tu diestra la que me tenga. (1).”

La inteligencia infinita. Aquel lo ve todo, lo conoce todo y lo sabe todo, para quien ni el cielo ni la tierra tienen secreto alguno, que penetra los misterios de Dios hasta sus últimas profundidades, que abarca la verdad, toda la verdad en el pasado, presente y porvenir, y que es doctor infalible de la misma. Tal es el Espíritu Santo.

Hablando de las maravillas de Jerusalem celeste, dice San Pablo: “Que ojo no vió, ni oreja oyó, ni corazón de hombre jamás alcanzó lo que preparó Dios para aquellos que le aman. Pero Dios nos lo reveló á nosotros por su Espíritu; porque el Espíritu lo penetra todo, aun las profundidades de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios (2).” Y San Juan: “El Consolador, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os recordará todo aquello que yo os hubiere dicho.... y os anunciará las cosas que han de venir (3).”

Estos textos tan claros fueron las armas de que San Ambrosio y los antiguos Padres se sirvieron para confundir al negador de la divinidad del Espíritu Santo, el impío Macedonio.

La omnipotencia. Aquel es todopoderoso que con un sig-

1. Spiritus Domini replevit orbem terrarum. Sap., I, 7.—¿Quo ibo á Spiritu tuo et quo á facie tua fugiam? Si ascendero in coelum, tu illic es; descendero in infernum ades. Si sumpsero penas meas diluculo et habitavero in extremis maris, etenim illuc manus tua deducet me et tenebit me dextera tua. Ps. cxxxviii 7-10.

2. I Cor., II, 9-11.

3. Joan., XIV, 26, et XVI, 13.

no de su voluntad hace salir de la nada al sér, y cuyas obras denotan todas un poder infinito. Tal es el Espíritu Santo. "Los cielos, dicen los profetas, han sido criados por el Verbo del Señor y por el Espíritu de su boca toda la virtud de ellos.—Porque el Espíritu de la sabiduría creadora es todopoderoso. (1)."

Las obras. No haremos aquí más que desflorar este vasto asunto; pues debemos tratarlo detalladamente en el discurso de nuestro trabajo. Las obras de Dios son de dos clases: de naturaleza y de gracia. Pues unas y otras se atribuyen al Espíritu Santo, como al Hijo y al Padre. En el orden natural la creación del hombre y del mundo: acabamos de verlo por el testimonio de los libros santos. Añadamos solamente la palabra tan precisa del santo hombre Job: "El Espíritu de Dios me crió, *Spiritus Domine fecit me.* (XXX II, 4)."

En el orden de la gracia la regeneración del hombre y del mundo. El profeta nos lo enseña: "Enviarás tu Espíritu y todo será criado; y renovarás la faz de la tierra (*Ps.* 103, 30). Y más claro todavía el Maestro de los profetas: "El que no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios (2)." Y la misma fórmula de la regeneración universal: "Id, pues, y enseñad á toda las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (3)." ¡Qué igualdad más perfecta!

"¡Oh! Sí, Espíritu santificador, Vos sois igual al Padre y al Hijo; puesto que somos igualmente consagrados en el

1. Verbo Domini coeli firmati sunt, et Spiritu oris ejus omnis virtus eorum *Ps.* 32, 6.—Omniun enim artifex docuit me sapientia.... est enim in illa Spiritus.... omnem habens virtutem. *Sap.*, VII, 21.

2. *Joan*, III, V. 5.

3. *Matth.*, XXVIII. 19.

nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y teneis con ellos un mismo templo, que es nuestra alma, nuestro cuerpo (1), todo lo que somos. Nada desigual ó extraño al Padre y al Hijo debe nombrarse con ellos en términos iguales. Yo no quiero ser bautizado ni consagrado en el nombre de un consiervo mio, yo no quiero ser el templo de una criatura como yo: sería idolatría edificarle un templo, y con más razón sér ó creerse á sí mismo su templo (2)."

La tradición. Esta se manifiesta por la voz de los Padres y los Doctores. Su palabra no menos precisa que la de la Escritura, ha recorrido los siglos, reproducida incesantemente por nuevos órganos. La vemos además fijada en monumentos que se remontan hasta la cuna del cristianismo. Los ecos del Oriente y del Occidente repiten todavía los últimos acento de la voz de los apóstoles: apenas San Juan ha bajado al sepulcro, cuando aparecen los primeros apologistas cristianos. Según refiere San Basilio, el Papa San Clemente, tercer sucesor de San Pedro, martirizado hácia el año 100 tenía costumbre de repetir esta oración: "Vive Dios y Nuestro Señor Jesucristo y el Espíritu Santo, (3) En su elocuente informe, que presentó al emperador Antonio hácia el año 120, San Justino se expresa como sigue: "Nosotros honramos y adoramos en espíritu y en verdad al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo (4)."

Lo que San Justino había dicho en Roma, algunos años después lo decía San Ireneo enseñando en las Galias. "A

1 *1 Cor.*, III 16, 17; VI, 19.

2 *Elév.*, sur les myst, II Serm, *Elév.* 5.

3. Vivit Deus et Dominus Jesus Christus et Spiritus Sanctus. *Lib de Spir. Sanct.* c XXIX, n 72.

4. Hunc (Patrem) et qui ab eo venit.... Filium et Spiritum Sanctum colimus et adoramus, cum ratione et veritate venerantes. *Apolog.* 1, n. 6.

los que sacuden decia, el yugo de la ley, y se dejan arrastrar de sus concupiscencias, sin tener deseo alguno del Espíritu Santo, el Apóstol los llama con razon hombres de carne (1)."

En la misma época preguntaba Atenágoras: ¿No es extraño que se nos llame ateos, á nosotros que predicamos al Dios Padre, al Dios Hijo y al Espíritu Santo (2)?

Su contemporáneo, Eusebio de Palestina, para animarse á hablar, decia: "Invoquemos al Dios de los profetas, autor de la luz, por nuestro Salvador Jesucristo con el Espíritu Santo (3)."

Veinte años pasan apénas, y encontramos el testimonio, no ya de un solo hombre, sino de toda una Iglesia. El año 169, los fieles de Smirna escriben á los de Filadelfia la admirable carta en que refieren cómo San Policarpo, su obispo y discípulo de San Juan, próximo á padecer el martirio, glorificaba á Dios en estos términos: "Padre de vuestro amado y bendito Hijo Jesucristo, Dios de los ángeles y de las potestades Dios de toda criatura, yo os alabo y bendigo y glorifico por Jesucristo, vuestro amado Hijo, Pontífice eterno, por quien sea á Vos la gloria con el Espíritu Santo, ahora y por los siglos de los siglos (4)."

1. *Eos vero, qui effrenes sunt, et feruntur ad suas concupiscentias nullum habentes divine Spiritus desiderium, merito apostolus carnales vocat* (Citaço por San Basilio, en prueba de la divinidad del Espíritu Santo. *Lib. de Spir. Sancto* c. XXIX n. 72)

2. *Quis non miretur, cum audit nos, qui deum Patrem prædicamus et Deum Filium et Spiritum Sanctum... atheos vocari. Legat pro christian*, n. 12 et 24.

3. *Loquitur enim in hunc modum, se ad dicendum excitans: Sanctum Prophetarum Deum, lucis auctorem, per Salvatorem nostrum Jesum Christum cum Sancto Spiritu, invocantes. Ap. Basil. ibid.*

4. *Pater dilecti et benedicti Filii tui Jesu Christi... Deus*

Los paganos mismos sabian que la divinidad del Espíritu Santo era un dogma de la fé cristiana. Uno de los mayores enemigos, Luciano, en su diálogo intitulado *Philopatris*, introduce un cristiano que invita á un catecúmeno á jurar *por el Dios soberano, por el Hijo del Padre, por el Espíritu que procede de ellos, que hacen uno en tres y tres en uno, que es el verdadero Dios.*

En el siglo tercero encontramos en Occidente al temible Tertuliano. Su libro *de la Trinidad* contra Praxeas, comienza así: "Praxeas, procurador del Diablo, ha ido á Roma á hacer dos obras de su amo: ha excluido al Paráclito, y crucificado al Padre. La zizaña de Praxeas ha germinado. Con la ayuda de Dios la arrancaremos: para esto nos basta oponer á Praxeas el simbolo que recibimos de los apóstoles. Creemos, pues, siempre y ahora más que nunca, en un solo Dios, que envió al mundo su Hijo, el cual á su vez vuelto á su Padre ha enviado al Espíritu Santo, santificador de la fé de los que creen en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Aunque son inseparables, sin embargo, uno es el Padre, otro el Hijo, y otro el Espíritu Santo (1)."

Del Oriente nos llega el testimonio del santo obispo y mártir, Dionisio de Alejandría. Acusado falsamente de *Satanæ Angelorum et Potestatum, Deus totius creaturæ...* Te laudo, te benedico, te glorifico per Jesum Christum dilectum Filium tuum, Pontificem æternum, per quem tibi cum Spiritu Sancto gloria nunc et in futura sæcula sæculorum. Amen. *Epist. Smyrn. Eccl., apud Baron., an. 169.*

1. *Nos vero et semper et nunc magis... unicum quidem Deum credimus... Custodiatur oikonomias sacramentum, quæ unitatem in Trinitatem disponit, tres dirigens Patrem et Filium et Spiritum Sanctum... Hanc me regulam professum, qua inseparatos ab alterutro Patrem et Filium et Spiritum Sanctum testor, tene ubique: et ita quid quomodo dicatur, agnosces. Ecce enim dico alium esse Patrem et alium Filium, et alium Spiritum Sanctum. Adv. Prax., c. I, 11, IX.*

belinismo, termina su defensa con estas notables palabras: "Conformándonos en todo á la fórmula y regla recibidas de los obispos, que vivieron antes de nosotros, uniendo nuestra voz á la suya, os damos gracias y terminamos esta carta. Y á Dios Padre y al Hijo Nuestro Señor Jesucristo, con el Espíritu Santo, gloria é imperio por los siglos de los siglos. Amen." (1)

Esta fórmula gloriosa no se le escapa tampoco á Julio Africano. En el libro quinto de su *Historia* dice: "Nosotros que conocemos la significacion de las palabras, y no ignoramos la gracia de la fe, damos gracias al Padre, que á nosotros, sus criaturas, nos dió el Salvador de todas las cosas, Jesucristo, á quien sea gloria y majestad con el Espíritu Santo en todos los siglos." (2)

En el siglo cuarto, oigamos á las dos grandes lumbreras de la Iglesia oriental, San Basilio y San Gregorio Nacianceno. El primero comienza citando dos costumbres, que son testimonios vivos de la fe inmemorable en la divinidad del Espíritu Santo; á saber, las oraciones *de la luz* y el himno de Atenógenes. "Pareció bien á nuestros padres, dice, no recibir en silencio el beneficio de la luz por la noche; sino dar gracias al punto que se la ve brillar. No sabemos quién sea el autor de esta oracion que se dice en accion de gracias, cuando se encienden las luces; pero todos rezan esta antigua fórmula, que nadie ha tachado de

1. . . . Tandem nunc vobis scribere desinimus: Deo Autem Patri et Filio Domino nostro Jesu Christo cum Sancto Spiritu gloria et imperium in sæcula sæculorum. Amen. *Apud S. Basil., ubi supra*

2. Nos enim qui et illorum verborum modum didicimus, nec ignoramus fidei gratiam, gratias agimus Patri, qui nobis suis creaturis præbuit universorum servatorem ac Jesum Christum, cui gloria, majestas, cum Sancto Spiritu in sæcula. *Apud S. Basil., ubi supra, n. 73.*

impia: *Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo*. Quien conozca el himno de Atenógenes, que el mártir dejó como preservativo á sus discípulos, cuando marchaba á la hoguera, sabe lo que los mártires pensaban sobre el Espíritu Santo." (1)

El ilustre obispo es á su vez un órgano poderoso de la tradicion. "El Espíritu Santo, dice, se llama *Santo* en el mismo sentido en que lo son el Padre y el Hijo, Santo, no como la criatura que toma de fuera la santidad, sino Santo por la esencia misma de su naturaleza. Así, El no es santificado, sino que santifica. Se le llama *bueno* en el mismo sentido que es bueno el Padre; porque la bondad es esencial en El: igualmente, se le llama *recto*, como es recto Dios Nuestro Señor; por cuanto es, por naturaleza, la misma rectitud, la misma verdad, la misma justicia, sin variacion ni alteracion, á causa de la inmutabilidad de su naturaleza. Se le llama Paráclito, en el mismo sentido que lo es el Hijo; de manera, que todos los nombres comunes al Padre y al Hijo, convienen al Espíritu Santo en virtud de serles comun la naturaleza. Y si no ¿por qué?" (2)

1. Visum est Patribus nostris, vespertini luminis gratiam haudquaquam silentio accipere, sed mox ut apparuit agere gratias. Quis autem fuerit auctor illorum verborum, quæ dicuntur in gratiarum actione ad lucernas, dicere non possumus. Populus tamen antiquam profert vocem, neque cuiquam, visi sunt impietatem committere, qui dicunt: *Laudamus Patrem et Filium et Spiritum Sanctum Dei*. Quod si quis etiam novit Athenogenis hymnum, quem tanquam aliquod amuletum discipulis suis reliquit, festinans jam ad consumationem per ignem is novit et martyrum, sententiam de Spiritu. *Lib. de Spirit. Sanct. c. xxix, n. 73.*—La oracion *de la luz* se usaba ya en el Occidente en tiempo de Tertuliano. Baronio escribe, que Atenógenes, mártir y gran teólogo, es el mismo que Atenágoras, el célebre apologista. *Martyrol.*, 18 de Enero.

2. Sanctus dicitur, quemadmodum Sanctus Pater et Sanctus Filius. Creaturæ siquidem inducta est aliunde sanctimonia: Spi-

Escuchemos ahora á su amigo San Gregorio Nacianceno: "El Espíritu Santo ha sido siempre, es y será. No tiene principio, ni tendrá fin, lo mismo que el Padre y el Hijo, con quienes está inseparablemente unido. Y así, siempre ha sido participante de la divinidad, sin recibirla; y ha sido perfeccionador, sin ser perfeccionado; llenándolo todo y santificándolo todo, sin ser llenado ni santificado; dando la divinidad sin recibirla; siempre el mismo, siempre igual al Padre y al Hijo; invisible, eterno, inmenso, inmutable, incorpóreo, esencialmente activo, independiente, todopoderoso; vida y padre de la vida; luz y foco de luz, bondad y fuente de bondad, inspirador de los profetas, distribuidor de las gracias; espíritu de adopción, de verdad, de sabiduría, de prudencia, de ciencia, de piedad, de consejo, de fortaleza, de temor; que lo posee todo en comun con el Padre y el Hijo, la adoración, el poder, la perfección y la santidad." (1)

¿Qué puede haber más claro que ese pasaje, al cual sería fácil añadir otros muchos de la misma época? Los que pertenecen á tiempos posteriores, no son menos formales, ni menos numerosos: uno solo bastará: "Creemos en el Espíritu Santo, dice Ruperto, y lo proclamamos verdadero ritui vero sanctitas completiva est naturæ. Ideoque non sanctificatur, sed sanctificat. Bonus item dicitur sicut Pater bonus est, et sicut bonus est is qui ex Bono natus est; cui bonitas est ipsa essentia. Rectus vocatur, ut rectus Dominus Deus, eo quod per se sit ipsa veritas, et ipsa justitia, nec in hanc nec in illam partem se vertens aut flectens. propter naturæ immutabilitatem. Paracletus nuncupatur velut Unigenitus: sicut ipse ait: *Ego rogo bo Patrem meum, et dabit vobis alium Paraclatum.* Hæc pacto communia sunt nomina Patri, Filio, et Spiritu Sancto, qui hæc appellationes ex naturæ consortio habet. ¿Unde enim aliunde? *Lib. de Spir. Sanct., c. xix, núm. 48.*

1. Spiritus Sanctus et semper erat, et est, et erit, nec ullo ortu generatus, nec finem habiturus, &. *Ora in die Pentecost.*

Dios y Señor coeterno y consustancial al Padre y al Hijo, es decir, absolutamente el mismo en la sustancia que el Padre y el Hijo, mas no el mismo en cuanto á la persona. En efecto, como una es la persona del Padre y otra la del Hijo, así también otra es la persona del Espíritu Santo.

"Pero la divinidad, la gloria y majestad del Padre y del Hijo, son la divinidad, la gloria y majestad del Espíritu Santo. Para distinguir entre sí las dos personas del Hijo y del Espíritu Santo, decimos que el Hijo es el Verbo y la razón del Padre; pero Verbo consustancial, Razón eterna y consustancialmente viva; y del Espíritu Santo decimos, que es la Caridad ó el Amor del Padre y del Hijo; no caridad accidental ó amor pasajero, sino caridad sustancial y amor eternamente subsistente." (1)

Y para hacer resaltar más la divinidad del Espíritu Santo, añade el profundo teólogo: "¿Queremos tener alguna idea de este Amor y de su majestuoso poder? Tomemos dos criaturas del mismo género y de igual especie, de las cuales la una la posea y la otra no. Si las escogemos entre los ángeles, uno es Lucifer y el otro San Miguel: entre los hombres, el uno es Pedro, el otro Judas. La única diferencia que hay entre esos dos ángeles y esos dos hombres, consiste en que el uno tiene al Espíritu Santo y el otro no. A la majestad del Verbo que los crió deben entrambos ser racionales; no se distinguen entre sí, como acaba de decirse, sino por la participación ó privación del Amor eterno. Este ejemplo hace brillar el carácter propio de la operación

1. Spiritum Sanctum credimus et confitemur verum esse Deum et Dominum, Patri et Filio consubstantialem, quod Patrem et Filium non eundem in personam quam Patrem et Filium, & *De operib. Spir. Sanct., lib I, c. iii.*

del Espíritu Santo: la criatura racional debe al Verbo eterno, el *ser*; al Espíritu Santo el *ser bien*." (1)

La gran palabra de los siglos se ha encarnado en muchas prácticas eminentemente tradicionales: queremos hablar de las tres inmersiones del Bautismo; del *Kyrie*, repetido tres veces en honor de cada persona divina; del Trisagio, cantado en la liturgia, de la señal de la cruz, de la doxología y del *Gloria Patri*. Estas dos oraciones son especialmente la proclamación manifiesta del dogma de la Trinidad, y por consiguiente de la divinidad del Espíritu Santo. Estas fórmulas admirables, eco terrestre del trisagio eterno de los serafines, terminan todos los himnos y salmos del oficio divino. Desde los tiempos apostólicos se repiten noche y día en todos los puntos del globo por millares de bocas sacerdotales. Lo mismo pasa con la señal de la cruz. Este signo augusto, cuyo origen no es de la tierra, repite con incansable voz en todos los ecos del mundo y en todos los instantes del día: el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios. Cuanto más popula-

1. Qui amor quanti sit momenti, immo quantæ sit majestatis, ut aliquatenus speculari mereamur, conferamus nunc in eodem genere vel specie creaturam ejus participem, creaturæ quæ ejus participis non est. Certe si de angelica specie duos conferas alter diabolus, alter forte sanctus Gabriel, aut gloriosus Michael est. Si de humano genere verbi gratia, de apostolico sumas ordine, alter beatus Petrus apostolus, alter Judas diabolus est. Attamen hoc solum interest quod hic homo, vel hic angelus, hujus amoris est particeps; ille autem homo, vel ille angelus, non est ejus particeps. Uterque ex majestate Verbi per quod factus est, hoc habet ut sit rationalis; hoc solo, ut dictum est, differunt quod hic habet, et ille non habet communionem hujus amoris. Claret itaque etiam in isto proprietatem operationis Spiritus Sancti, quia videlicet per Verbum Patris esse sumpsit, per Spiritum vero sanctum, bene esse sumit creatura rationalis. *Ibid*

res son estos usos, tanto mejor atestiguan la antigüedad y universalidad de la tradición. (1)

1. Hablando de la señal de la cruz dice Tertuliano: *Harum et aliarum hujusmodi disciplinarum, si legem exoptules Scripturarum, nullam invenies. Traditio tibi prædicitur autrix, consuetudo confirmatrix et fides observatrix. De Coron. milit., c. III*